

¿Se puede vivir sin Bergman?

GUSTAVO MARTÍN GARZO

Me pregunto cómo podemos convivir con la muerte. Cómo nos las arreglamos para aceptarla a nuestro lado sin caer en la desesperación o enfermar de tristeza, para continuar nuestra vida convencidos de que con un poco de limpieza todo será como antes, como nos pasa con esos invitados que al alejarse dejan un rastro de vasos sucios, colillas y ceniceros sobre la alfombra. Me pregunto cómo podemos acostumbrarnos a esas idas y venidas, a que la muerte esté aquí cada día, con sus mil caras, sus mil disfraces distintos, cobrándose sus víctimas como los cazadores se cobran ciervos, perdices, patos o conejos. Cómo podemos acostumbrarnos, sobre todo, a que esas víctimas puedan ser los seres que amamos, nuestros amigos, nuestros familiares y los que han sido objeto de nuestra devoción. Cómo, por ejemplo, pudimos escuchar hace poco la noticia de la muerte de Ingmar Bergman y dejar que todo fuera pasando hasta que pareciera algo normal, algo que ni siquiera había que lamentar en exceso, pues se trataba de un hombre mayor, alguien que acababa de cumplir 89 años y que había tenido una vida fecunda que muchos envidiarían. Alguien que había sido famoso y querido, y al que príncipes, presidentes de Gobierno y otros poderosos del mundo habrían querido visitar, aunque él no se dejara visitar por nadie, ni aceptara premios, ni invitaciones que le obligaran a dejar la isla en que vivía. Y es verdad que llevaba años viviendo en esa isla, en un voluntario retiro, y que había dejado prácticamente de dirigir obras de teatro y hacer películas. Pero aun así, me pregunto cómo podemos aceptar que ahora ya no esté allí, que no ocupe aquel discreto lugar, ni que la luz que en la noche ilumine las ventanas de su casa no sea la de su conciencia. Qué vamos a hacer ahora que sabemos que ya nunca romperá sus promesas y abandonará su isla para visitar su teatro en

Estocolmo o rodar, tal vez para televisión, otra de sus películas, como pasó con *Saraband*, la última que rodó. Fue sólo hace dos o tres años, y en ella volvió a sorprendernos a todos, pues Bergman fue uno de los creadores más excepcionales que ha existido jamás, alguien cuyas películas, representaciones teatrales y libros tenían el poder de conmovernos, maravillarnos y horrorizarnos a

la vez, en que vida y muerte, ternura y rigor, amor y desesperación iban de la mano, como sólo pasa en la obra de los más grandes, aquellos que nunca deberían morir.

Y sin embargo es verdad que nos quedan sus obras y bien podemos decir que nos basta con ver las películas, escuchar los discos o leer los libros de los escritores cineastas o músicos que amamos,

para que en cierta forma éstos regresen para acompañarnos en esas lecturas o en las salas en que escuchamos o vemos sus obras. Hace unos días, en un precioso artículo, Javier Marías hablaba de ese poder que hay en libros, discos y películas para vencer a la muerte. Y es cierto. En el arte hablan los desaparecidos, y basta con abrir un libro, poner un disco o ver una película, para que al

instante podamos percibir no sólo las palabras, sino el temblor luminoso de los gestos y el sonido de las voces de los que ya no están. Una biblioteca, por ejemplo, es una reunión de muertos, ya que una buena parte de los autores presentes en sus estantes ya no están en el mundo. Y sin embargo, nos basta con abrir sus libros para volver a escuchar las mismas palabras que ellos escribieron y tener con ellas sus pensamientos y sus deseos más ocultos.

Todo el cine de Bergman gira sobre ese misterio de la presencia. No buscó otra cosa y su amor al cine y al teatro lo demuestra. Quería las palabras de los hombres, pero también sus rostros y sus cuerpos, verlos reír y llorar. Y sus personajes eran como él, por eso se buscaban con ese encono, por eso eran capaces de decirse o hacerse lo más terrible. Querían ser reales, contar para los demás. Cuando se acusa a Bergman de ser abstracto, de no tener sentido de lo concreto, es porque no se sabe nada sobre él ni se sabe nada de sus películas. Posee, más que ningún otro, el sentido de la encarnación. En *Los comulgantes*, un pobre hombre se obsesiona por la bomba atómica y, al no poder soportar el dolor de la extinción del mundo, decide poner fin a su vida; en *Fanny y Alexander*, el amoroso padre regresa de la muerte porque no puede renunciar a los que ama; en *Fresas salvajes*, un viejo profesor vive convencido de que nada de lo que ha sido existencia puede desaparecer del todo. Todos tienen el mismo temor, el temor a que todo desaparezca, a que no quede nada. Todos viven llevando una llama en sus manos, la llama de su conciencia. Quieren que la vida continúe, a pesar de que ninguno la entiende. En *El séptimo sello*, el caballero se las arregla para entretener a la muerte y conseguir que la familia de comediantes se salve y pueda seguir la función en otro lugar. Ese espectáculo reno-

Pasa a la **página siguiente**



Darfur, una tragedia que puede repetirse

VÁCLAV HAVEL (*)

La crítica situación que sigue prevaleciendo en Darfur está ocasionando un sufrimiento inmenso a su pueblo. Ambos bandos del conflicto —el Gobierno de Sudán y sus fuerzas aliadas, así como todos los grupos de la oposición de Darfur— han de comprender que los civiles no deberían ser víctimas de sus disputas políticas.

El consentimiento del Gobierno sudanés al despliegue de la misión híbrida de Naciones Unidas y Unión Africana (UA), destinada a mantener la paz en la región, es, por supuesto, un acontecimiento grato. Pero el mandato de esta misión debe ser lo bastante firme como para permitir una protección total de la población civil. Asimismo, la fuerza debe poseer dotación, capacidad y financiación suficientes para llevar a la práctica este objetivo vital con eficacia. Los países e instituciones que han asignado fondos adicionales para garantizar el éxito de esta misión —en particular Francia, España y la Comisión Europea— son dignos de aplauso.

Es importante que los actores internacionales aseguren al Gobierno de Sudán que la misión de la ONU y de la UA no emprenderá un cambio de régimen en el país ni se desviará de ningún otro modo de su mandato de pacificación. A su vez, el Go-

bierno sudanés debe ser plenamente consciente de que la comunidad internacional sólo se sentirá impulsada a mantener su respaldo si dicho Gobierno respeta compromisos pasados y coopera en la preparación, el despliegue y el mantenimiento de la misión.

En cuanto a la oposición de Darfur, los recientes esfuerzos realizados por algunos de sus líderes para superar la fragmentación y reunificar su movimiento son una evolución positiva. Es esencial que los principales grupos de la oposición lleguen a un consenso sobre sus metas y posiciones de negociación. Sólo entonces podrán actuar como socios creíbles de la comunidad internacional y del Gobierno sudanés. Todas las partes del conflicto deben ser conscientes de que, en definitiva, no hay manera de poner fin a su disputa salvo a través de un acuerdo de paz equitativo y sostenible secundado

por todos los interesados. El regreso de las personas desplazadas dentro del mismo país y la debida atención a las mismas tienen que ser un componente esencial de cualquier acuerdo de esa índole.

Las personas responsables de todo el mundo, en especial políticos y periodistas, deben centrar su atención en Darfur, ya que las injusticias y el daño que sufren a diario millones de víctimas y refugiados son tan espantosos como siempre, pese a la fatiga que algunos puedan percibir derivada del prolongado conflicto. Ahora que hay indicios de una posible estabilización en los próximos meses, es hora de empezar a prepararse para unos volúmenes cada vez mayores de reconstrucción y ayuda al desarrollo, además de la cooperación internacional.

Los países económicamente avanzados en particular debe-

rían cumplir su responsabilidad global y ayudar a Darfur a avanzar hacia la renovación y la prosperidad. Este incremento de la cooperación debería provenir de una ampliación o una reorientación de los programas nacionales de ayuda al desarrollo. Además, deberían estudiarse minuciosamente unos acuerdos internacionales destinados a un uso efectivo de las sinergias.

Al facilitar las relaciones complejas que mantienen la comunidad internacional y los actores locales de Darfur, la ONU desempeña actualmente una labor indispensable y hay que apoyarla activamente. China en particular debería aprovechar su considerable influencia en Sudán para que las autoridades del país alcancen una resolución pacífica y definitiva de la disputa.

Asimismo, dado que Darfur constituye un emblema de dificultades más generalizadas en el

mundo, la comunidad internacional debe mirar más allá de las circunstancias inmediatas del conflicto y multiplicar sus esfuerzos por lidiar con las amenazas que han intervenido en el desastre, como el cambio climático y la degradación medioambiental. De hecho, la acelerada expansión de los desiertos probablemente ocasionará una reducción de la producción agrícola de las zonas colindantes, un marcado deterioro de la disponibilidad del agua, y posiblemente más conflictos y desplazamientos de personas.

En diversos lugares del mundo se dan —o pueden empezar a darse— situaciones similares. Por tanto, debemos reconocer y solucionar la naturaleza global de este problema en lugares donde la degradación medioambiental ya está provocando un deterioro peligroso de la vida de la gente. En los lugares en los que acecha ese daño, es necesaria una prevención temprana.

(*) Firman conjuntamente este artículo: Václav Havel, príncipe Hasan Bin Talal, André Glucksmann, Vartan Gregorian, Mike Moore, Michael Novak, Mary Robinson, Yohei Sasakawa, Karel Schwarzenberg, George Soros, Desmond Mpilo Tutu y Richard von Weizsäcker.

Traducción de News Clips.

© Project Syndicate, 2007

¿Se puede vivir sin Bergman?

Viene de la **página anterior**

vado es el símbolo de la vida, la vida que se siente contemplada por otras vidas, que vive y que hace vivir. La vida vista a la luz de la conciencia. El poder del cine y el teatro es el poder del amor. Encender las luces que permiten iluminar la escena y transformar la vida en epifanía.

Todo el cine de Bergman está lleno de homenajes a este poder del arte. Homenajes a los espectadores que llenan sus butacas y se quedan absortos en la escena, como pasa en la secuencia inicial de *La flauta mágica*, donde al tiempo que escuchamos la hermosa obertura de la ópera de Mozart la pantalla se puebla de los rostros que la escuchan. Rostros iluminados no por una luz exterior, sino por la luz de su propia conciencia, la luz que nace de la contemplación. Y su cine está lleno de personajes que miran, que observan a los demás. La enfermera

de *Persona*, el profesor de *Fresas salvajes*, el hermano de *El espejo*, el niño que recorre en *El silencio* el oscuro hotel, la criada de *Gritos y susurros*. Y por supuesto los niños protagonistas de *Fanny y Alexander*. Nadie que haya visto esta película podrá olvidar su defensa de la infancia, de la vida como creación incesante, de su capacidad para surgir luminosa de la noche.

El mismo Bergman decía en una de sus últimas entrevistas que si su cine gustaba era porque emocionalmente era un niño y hablaba a los espectadores como un niño. Y todos somos niños cuando vamos al cine. Somos niños cuando escuchamos música o cuando leemos. Como son niños todos los grandes artistas. Chaplín tenía el poder supremo de transfigurar las cosas, Dreyer hablaba con los muertos, Hitchcock tendía trampas a las niñas rubias para luego poderlas salvar, Tarkovski quería vivir en una casa en llamas, John Ford soñaba con peleas interminables y en rivales nobles como caballos. Y el niño quiere sentir que la belleza le está destinada. Quiere hacerla suya, saltar sobre ese muro que la separa de nosotros, su-

perar la nostalgia insufrible y tomar la belleza en sus manos, como hace con los pájaros que se acercan a él.

Es lo que quieren los personajes de Bergman y por eso son feroces, porque nada les basta. Mentirosos, ávidos, perversos, incapaces de callarse lo que piensan, siempre están dispuestos a insultarse y decirse las cosas más terribles, incluso a pegarse. Pero, ¿por qué iban a hacer algo así si no fuera para sentirse vivos? Quieren abandonar este mundo de fantasmas, “las sucias cavernas de la realidad”. Y es verdad que sus películas rondan en ocasiones lo insoportable, pero no lo es menos que hasta pueden resultar graciosas, y tal vez habría que considerar a Bergman como un secreto humorista. *Escenas de un matrimonio* nos sitúa, por ejemplo, ante una pareja que literalmente se despellejan ante nosotros, pero a la vez hay algo cómico en esa forma extraña, obsesiva de buscarse. Y sus discusiones y peleas bien podrían recordarnos aquellas escenas del cine mudo en que los personajes se arrojan tartas de merengues y se daban todo tipo de golpes, para estar al momento otra vez en pie, como tentetiesos. Strinberg dijo que puede que no haya nada más terrible que un hombre y una mujer que se detesten, pero puede que tampoco haya nada más cómico, y las comedias están llenas de parejas así. Parejas que se detestan y que a pesar de todo no pueden renunciar a estar juntos. Ninguno de los personajes de Bergman quiere madurar, y esa es la razón por la que se pelean y lloran. Ninguno quiere envejecer, todos quieren encontrar el hechizo que les proteja del dolor. “Todo comienza”, dice uno de los personajes de *Creadores de imágenes*, “con un grano de arena que entra en la ostra y le causa dolor. Entonces la ostra la rodea de nácar y crea la perla. Sin dolor no hay perla y sin hechizo sólo queda la arena”.

Todo el cine de Bergman gira sobre esta búsqueda de la transfiguración que sólo el arte, y su hermano gemelo, el amor, pueden ofrecer. En *Sonrisas de una noche de verano*, uno de los personajes dice que el amor es un juego de malabarismo. Hay tres pelotas en el aire: la primera son las palabras; la segunda, el cuerpo, y, la tercera, el corazón.

Cuando Bergman rodó *Sara-*

band tenía 85 años. En ella vuelve el mejor Bergman. Un Bergman implacable en su lucidez, que no se cansa de contemplar el extraño e inagotable espectáculo de la vida. Hay una escena que nunca olvidaremos. El feroz anciano corre al cuarto de su vieja amante y se pone a temblar en camisón junto a su puerta. Es entonces cuando el milagro del malabarista vuelve a producirse y sentimos zumbar en el aire, junto a las palabras terribles y los cuerpos gastados, esa tercera pelota que es el corazón del hombre.

En ningún otro lugar de la obra está mejor ejemplificada esa magia que en *Fanny y Alexander*, que puede que sea la película más hermosa que se haya rodado jamás. La vida se transforma en ella en una hermosa función donde todos tienen un papel que cumplir. No importa que no se sepa qué función es ésa, ni lo que significa, pues todo en esta película está cargado de sentido. Su enseñanza se confunde con la enseñanza eterna del amor: que la simple presencia de las cosas es más importante que las explicaciones que no tenemos.

Gustavo Martín Garzo es escritor.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es Andalucia@elpais.es Bilbao@elpais.es Catalunya@elpais.es Galicia@elpais.es Valencia@elpais.es Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Tipos de interés

Que el Banco Central Europeo (BCE) planea subir los tipos de interés para evitar tensiones inflacionistas, cuando la inflación en la zona euro se situó en el mes de julio en el 1,8%, por debajo del objetivo del 2%, y las últimas cifras de crecimiento de las economías de Francia y de Alemania han sido bastante moderadas, carece de toda lógica económica, a no ser que su presidente, Jean-Claude Trichet, como “guardián del euro”, quiera defender a éste frente al dólar, por eso del prestigio de una moneda fuerte. Pero la apreciación del euro respecto del dólar, aunque contribuye a moderar la inflación al abaratar las importaciones en la zona euro, también supone un freno a sus exportaciones al encarecerlas, con el consiguiente efecto negativo sobre la producción.— **José Antonio Pozo Maqueda**. Madrid.

Aclaración

En la edición de ayer, EL PAÍS publicaba en su portada la noticia titulada *El PP catalán y CiU apoyan el debate sobre la castración química de pederastas*. La noticia se reproducía con mayor extensión en la página 15 de la misma

Medicamentos

Un tribunal de Chennai (India) decidió a principios de agosto desestimar la demanda de Novartis contra la Ley de Patentes india. Celebramos en su momento la decisión porque garantiza el acceso de los pacientes de los países del Sur a medicamentos esenciales. Aunque nos satisface el hecho de que Novartis no haya apelado ante el Tribunal Supremo de la India, el reciente anuncio de la retirada del país de su inversión en investigación (“Novartis to move Indian R&D”, 21 de agosto, FT) socava esta decisión y suena a venganza. India no ha hecho más que actuar según los acuerdos internacionales para asegurar que los medicamentos son accesibles para la gente pobre. Novartis, al amenazar ahora con retirar las nuevas inversiones, persigue con una nueva estrategia su objetivo original: forzar a la India a cambiar sus reglas de propiedad intelectual para que sirvan a los intereses de la compañía.

La acción de la farmacéutica fuerza a la India a escoger entre una inyección de capital y la salud de su población, que espera beneficiarse de los medicamentos genéricos más baratos. La industria farmacéutica debe abandonar su enfoque cortoplacista de aprovecharse de las leyes de patentes para explotar hasta el último céntimo los fármacos que se venden más, y en cambio orientarse hacia un futuro a largo plazo basado en la inversión en innovación genuina.— **Ariane Arpa**, directora general de Intermón Oxfam; **Aitor Zabalgoeazkoa**, director general de MSF en España.

edición. Debo aclarar que, en lo que se refiere a la posición de CiU y a la mía en particular, si bien he expresado el apoyo al debate abierto por el Gobierno tripartito de la Generalitat sobre esta cuestión, en todo momento dejé claro que no podía opinar sobre el uso de la castración química hasta no conocer la opinión de expertos en psicología, psiquiatría, penalistas...

Por lo publicado por el diario EL PAÍS, me parece necesaria esta aclaración en la medida que en la misma información ERC e IC-V se manifiestan contrarios a la propuesta, y encima el secretario general de IC-V afirma que “este tipo de medidas son demagógicas y salen de la derecha”. Conviene, pues, recordar que la medida aludida, es decir, la de abrir el debate, ha salido del Gobierno de la Generalitat del que forma parte IC-V.— **Josep A. Duran i Lleida**. Secretario general de CiU y presidente del comité de Gobierno de UDC.

Parábola del tiburón

Érase una sociedad que se conmovió mucho por los problemas de un pobre tiburoncito, lamentando —aunque secretamente aliviada—

el que, a pesar de sus piadosos esfuerzos, este tiburoncito muriera —por intervención del hombre, sí, pero sólo de modo indirecto y anónimo—, al haberse tragado un anzuelo. Preocupada por tan humanitarios sentimientos, olvida convenientemente los 350.000 tiburones que mata cada año, muchos más de los que dice necesita sacrificar para su alimentación. Más aún, esa sociedad se organiza y rechaza con fuerza a otros seres vivos —muy parecidos a sus propios ciudadanos, excepto en el color— que llegan, víctimas de graves carencias, a sus costas, devolviéndoles a las privaciones e incluso la muerte, lo que le permite gozar con exclusividad de unos recursos que, un poco mejor distribuidos, darían de sobra para todos. Quizá un psicoanalista podría explicarnos mejor la curiosa corriente de simpatía colectiva de esa sociedad con el tiburón, esa otra especie hoy ya calificada de “casi amenazada” más que “amenazadora”.— **Martín Sagrera**. Madrid.

Insistiendo en lo obvio

Comprendo perfectamente la pe-reza que puede producirle a Fer-

nando Savater el tener que insistir en lo obvio; sin ir más lejos, después de leer su último artículo (*Instruir educando*, EL PAÍS, 23-VIII-2007), yo mismo me he preguntado si merecía o no la pena escribir esta carta al director. Pero al final —a la vista está— me he decidido a hacerlo, porque no puedo resistir la tentación de comentar un pasaje de su artículo.

Dice Fernando Savater que “la contraposición instrucción-educación es semejante en más de un aspecto a la que en periodismo se establece entre información y opinión”. Y que, del mismo modo que resulta imposible separar del todo información de opinión —aunque convenga sin duda proponérselo—, puesto que la primera siempre acarreará elementos opinativos y la segunda no podrá sostenerse a menos que descansen en informaciones solventes, no tiene ningún sentido aspirar a hacer lo propio con la instrucción y la educación. Lleva razón. Toda instrucción deja necesariamente un poso educativo y toda educación requiere por fuerza un sustento instructivo.

Pero, más allá de esas constataciones, no por obvias menos trascendentes, importa no confundirse sobre el propósito mayor de cada una de las disciplinas objeto de su comparación. En este sentido, así como el periodismo moderno ha tenido siempre muy claro que lo fundamental es la información, la enseñanza moderna había tenido siempre muy claro que lo fundamental era la instrucción. Y digo había porque parece que en los últimos 20 años —y muy especialmente desde la aplicación de la LOGSE— se han vuelto las tornas y lo único que cuenta, o lo que más, es la educación. De ahí que una materia como Educación para la Ciudadanía levante tantos recelos. Los mismos que levantaría, pongamos por caso, un periódico elaborado básicamente a partir de artículos de opinión que decidiera de pronto incorporar cada día a su portada un editorial. Con una diferencia, sin embargo: mientras que siempre podríamos cambiar de periódico, no veo yo de qué forma podemos, de un día

para otro, cambiar de enseñanza. O, tal como lo llaman ahora, de sistema educativo.

Y que Fernando Savater me perdone la obiedad.— **Xavier Pericay**.

¿Servicios públicos?

Como madrileño y como observador de la vida diaria de Madrid, saco la conclusión de que los dirigentes de los servicios públicos de transporte de la capital (al igual que muchos dirigentes políticos) viven de espaldas a la realidad de nuestra ciudad y manejando datos que han quedado obsoletos hace ya años.

Sólo así puede explicarse que no se hayan dado cuenta de que los madrileños cada vez salen menos de vacaciones en el mes de agosto (por obvias razones hipotecarias), que la creciente población inmigrante no suele moverse de su punto de residencia y que, por otra parte, seguimos siendo una de las ciudades más visitadas de España por el turismo, lo que ha hecho pasar a peor vida ese Madrid que disfrutaba de calles semivacías de tráfico y peatones en la época estival.

Todo esto conforma un amplísimo grupo de usuarios del servicio público que se encuentran con la sorpresa diaria de que la frecuencia de paso de los vehículos ha decrecido notablemente, dando lugar así a un paisaje urbano tercermundista, con colas de pasajeros que ni siquiera se ven en temporada no veraniega y teniendo que sufrir iguales o más incomodidades y apreturas que en temporada alta, y ¡por supuesto! sin que el precio del servicio baje un solo céntimo del precio normal.

¿Sería tan difícil, queridos y respetados dirigentes del transporte público, mantener el mismo régimen de paso de vehículos en verano que en el resto del año, aunque sólo fuera en las horas punta, o habrá que pedirles a la señora presidenta de la Comunidad y al señor alcalde que tomen este asunto de interés general como prioritario, por bien de todos los madrileños y visitantes de nuestra preciosa y sufrida Villa y Corte?— **Emilio Sancho Lozano**. Madrid.